

¿CONDENADO?

La capacidad de crecimiento espiritual del hombre dejó de crecer a la par de su poder de control sobre el mundo.

por W. H. MACKINTOSH

Al parecer, el hombre está condenado a la extinción o por lo menos a la casi extinción, en cuanto concierne a su existencia terrenal. Naturalmente está condenado desde hace mucho. Exactamente desde el momento en que su capacidad de crecimiento espiritual dejó de crecer a la par de su poder de control sobre el mundo físico. Pero ahora esta amenaza ofrece todas las señales de concretarse inminentemente.

La explotación de los recursos naturales hasta el punto de quedar exhaustos, la evolución del ambiente y sus efectos debilitantes sobre una población altamente urbanizada, el invento de armas tan letales que su uso destruiría todo ser vivo sobre la Tierra; todas estas y otras consecuencias de la búsqueda ciega y sin pausa de una mayor productividad técnica han hecho peligrosamente inestable el actual equilibrio y amenazan aniquilar la especie antes del final de este siglo.

Es, y siempre fue, costumbre burlarse de los profetas apocalípticos. Recuérdese a Casandra y cómo los troyanos ignoraron sus advertencias de desastre. Pero sus palabras resultaron verdad. Troya

fue destruida, sus habitantes masacrados, tomados cautivos o llevados al exilio.

Recuérdese también a Jeremías que advirtió a los judíos respecto a las consecuencias catastróficas de su política nacional. No le prestaron atención alguna, pero su indiferencia hacia sus palabras proféticas no les salvaron de la derrota y destrucción.

La tremenda lucha por la sobrevivencia en un sistema altamente competitivo absorbe la suma de sus poderes a la mayor parte de la gente y no les deja energía ni tiempo para examinar los problemas mundiales. Optimistas incurables, rehusan contemplar hasta la posibilidad de un desastre universal. La pasividad, la complacencia y la creencia ciega de que todo terminará bien, se combina para que la mayoría de la humanidad mire para otro lado cuando está confrontada con las primeras señales de la catástrofe inminente. Los profetas de la desgracia son persistentemente ignorados.

Aún los pocos ciudadanos que tienen tiempo libre e inteligencia suficientes para analizar la actual situación humana no se perturban por causa del innato optimismo

precisa ya estar empeñado en salvaje lucha para sobrevivir.

Pero los viejos hábitos son difíciles de vencer. Una vez implantado un instinto no resulta fácil eliminarlo. En medio de la abundancia el hombre sigue actuando como si estuviese en peligro de morir de privación. Acaparando con todas sus fuerzas, los efectos destructivos de su avidez se hallan magnificados en proporciones catastróficas por el grado de eficiencia tecnológica alcanzada. Lo que fue alguna vez una criatura equipada con sólo medios primitivos e inadecuados para la satisfacción de sus designios, se transformó en un ser cuyos conocimientos y capacidad le permiten saciar cualquier deseo.

La abundancia terrenal no es inacabable. Si bien existe lo suficiente para todos si se aplica una política económica racional y las necesidades humanas son moderadas, no le es posible sustentar por mucho más tiempo las violentamente crecientes exigencias formuladas. Esto estaría perfectamente claro si la percepción del hombre no estuviese nublada y su juicio viciado por la codicia.

La suma de la ética de nuestra cultura contemporánea está construida en el sentido de sostener nuestro deseo de ganancia. El ciudadano más respetado es siempre aquel que tuvo mayor éxito en acumular riquezas. Se transforma en un objeto de admiración y casi de devoción.

¿ADONDE VAMOS?

¿Adónde vamos de aquí en adelante? ¿Puede detenerse nuestra carrera desbocada? El futuro es oscuro. Nadie puede prever si el hombre está destinado a ser salvado. Es posible que (la destrucción física de la mayor parte de la humanidad) sea una de las finalidades del proceso evolutivo en la presente etapa. Este proceso parece ser una especie de experimento. Aquel que lo está conduciendo tuvo que descartar como fracasos a muchas especies producidas durante el transcurso del proceso. Los remanentes de formas de vida extinguidas se encuentran en cada continente y en cada océano.

¿Por qué habríamos de suponer que nuestra raza está exenta del destino del dinosaurio? La naturaleza es estrictamente imparcial. Si fallamos en cumplir con sus requisitos o si continuamos en violar sus leyes, será implacable, sin duda alguna, en exterminarnos.

Es posible naturalmente que se conforme con una mera reducción del número de hombres, quedando sobrevivientes solamente los miembros más sanos de nuestra especie, remanente del cual habrán de nacer generaciones mejores y más sabias.

Toda disminución del número de hombres implicaría presumiblemente menores oportunidades de encarnación para las entidades desencarnadas. Por una suma de razones hemos de suponer que el espíritu o principio vital del hom-

Ag. 71

que comparten con el resto de la raza. Prefieren gozar de la vida mientras puedan y dejar que el futuro se las arregle solo. Actuar según las costumbres habituales hasta que el desastre golpee ha sido la conducta tradicional de las clases altas, como lo muestra claramente la historia de las revoluciones.

En la víspera misma de los acontecimientos destinados a sacudir los fundamentos mismos de la sociedad civilizada, la vida en los círculos aristocráticos de París en 1789 y de Petersburgo en 1917 siguió como hasta ese momento. Se desenvolvía en una rueda aparentemente de placeres y frivolidades, las que, no obstante y como todo el mundo sabe, terminaron repentinamente con la destrucción de sus participantes. En tales circunstancias el optimismo es meramente el resultado del autoengaño.

Dejemos pues de engañarnos. Reconozcamos en cambio nuestra carrera hacia el abismo. Hemos llegado casi al precipicio. Al parecer sólo un milagro puede impedirnos cruzar el borde. Ningún hecho, no obstante, por aparentemente divino o sobrenatural se halla fuera de la ley natural.

DENTRO DE LA LEY

No existen milagros. Es fútil esperar que nuestra salvación pueda originarse en alguna suspensión de las leyes de la naturaleza. Si hemos de ser salvados, será solamente porque las leyes naturales están

obrando en favor nuestro. Diciéndolo más correctamente, es porque habremos sabido ubicarnos en una posición donde estas leyes tienen una mayor posibilidad de trabajar para nosotros.

En otras palabras es hora que el hombre deje de pensar y actuar como si fuese la única forma de vida que se halla fuera del reino de la naturaleza y totalmente independiente de sus leyes. Muy al contrario, es parte inseparable de ella. Toda noción de autonomía es mera evidencia de cuán profunda se ha vuelto su megalomanía.

Ningún animal es tan estúpido como para destruir su propio ambiente, ningún animal es tan inteligente como para ser capaz de crear los medios que pueden causar tal destrucción. Diría que no existe ningún animal tan demente como para querer destruir su habitat.

Decir que el hombre está demente es poner el dedo en la llaga de la causa real de la presente situación. Su insaciable deseo de posesión le ha vuelto demente. Deseo que se expresa de muchos modos, todos ellos contrarios a un modo de vivir realmente civilizado. Las condiciones ambientales originarias requieren al hombre ser agresivo. Para sobrevivir físicamente tuvo que competir exitosamente con los demás animales y hasta con sus semejantes. Pero tal competencia sólo era necesaria cuando los medios de subsistencia eran escasos. Ahora dispone de más de lo necesario para vivir. No

bre no se origina en la materia. Consecuentemente, si sobrevive a la muerte del cuerpo físico como lo demuestran los fenómenos psíquicos, debe haber existido antes de la concepción del cuerpo. Siendo las cosas así, debe considerarse como disponible para la encarnación mientras está en el estado de fuera del cuerpo. Situación que habrá de proseguir hasta que alcance un grado de espiritualidad que le dispense de la necesidad de otras encarnaciones físicas.

No creo no obstante que la raza humana habrá de desaparecer totalmente de la Tierra ya que enton-

ces el movimiento de los espíritus desde el estado de desencarnados hacia el de encarnados o quedaría detenido u orientado hacia canales no humanos. Lo primero es improbable en vista de la meta del logro de la felicidad suprema por todas las almas. Lo último es inconcebible por causa de su contradicción con lo que conocemos del proceso evolutivo. Parece ser así que el destino del hombre no es desvanecerse por completo de la Tierra, por grande que fuera el desastre que habría de golpearlo. Tal vez este pensamiento nos dé algún consuelo.

TECNICA... (viene de la pág. 4)

tido, mal orientados o simplemente curiosos, con sospechosas prácticas esotéricas, aconsejados por aún más sospechosas "fraternidades iniciáticas y místicas", que dejen estas prácticas espúreas de "aprendiz de hechicero". No condeno con esto las prácticas espirituales sabiamente conducidas.

Es importantísimo saber que cuando se desea el relax en estado de vigilia, o sea sin "apagar", sin perder la conciencia, sin dormir, sin los efectos narcóticos o sea la situación de la meditación y de otros ejercicios espirituales en que debemos quedar despiertos, el comando del relax debe hacerse des-

de la cabeza hacia los pies. A la inversa, cuando se desea vencer el insomnio, debe procederse en la forma indicada anteriormente. Las personas que temen el "desligamiento" o "desdoblamiento" pueden también preferir el comando desde arriba hacia abajo.

Si su personalidad es rajásica y lleva una vida agitada, procure siempre relajarse. Deje las decisiones más importantes para después del buen relax. Si se siente nervioso, irritado, la cabeza hirviendo, amenazada por una ola de ira, enciérrese en un lugar y, sentado, ordene su relajamiento.

HACIA CERRA
ASTRO